

EL FIN DEL RENACIMIENTO*

I

Nicolas Berdiaev

La división clásica de la historia en tres partes: antigua, media y moderna, vendrá pronto a caer en desuso; se la excluirá de nuestros libros de texto. La historia contemporánea se acaba, y asistimos a los albores de una era desconocida, a la cual habrá que dar un nombre. Lo cierto es que hemos rebasado el marco de la historia. Es un hecho del cual se tuvo la plena sensación al estallar la guerra mundial. Para los más clarividentes de entonces, era evidente que volver a la existencia burguesa y apacible anterior a la catástrofe sería una cosa imposible. El ritmo de la historia cambia; se hace catastrófico.

Los que presentían el porvenir se habían percatado, hacía tiempo, de la inminencia de catástrofes cuyos síntomas espirituales descubrían bajo las apariencias de una vida tranquila y ordenada. Y es que los hechos se desarrollan en la realidad de los espíritus antes de manifestarse en la realidad exterior de la historia. Algo se ha alterado y destruído en el alma del hombre moderno, antes de que se alterasen y destruyesen sus valores históricos. Y el hecho de que hoy todo el universo sufra principios de disolución, no debe extrañar a quienes siguieron atentos los movimientos del espíritu.

En nuestros tiempos parece que vacilen los viejos, los seculares fundamentos del mundo europeo. En Europa se desplaza todo lo que parecía estabilizado por la costumbre y, trátase de lo que se trate, ya no siente uno la tierra firme bajo sus pies; el terreno es volcánico y son posibles todas las irrupciones, tanto en lo material como en lo espiritual. El viejo mundo, la Europa central, se deja atraer por un mundo nuevo: el Extremo Occidente o sea América; el Extremo Oriente o sea el Japón, misterioso para nosotros y casi fantasmagórico, y la China. Y surgen del fondo de la vieja Europa elementos desencadenados, que derriban los cimientos sobre los cuales descansaba su cultura caduca, que seguía siendo una prolongación de la antigüedad.

Hubiera precisado ser muy miope para negar que la civilización europea estaba a punto de atravesar una crisis que iba a tener históricamente una importancia mundial, y cuyas consecuencias se perderían en un porvenir lejano e indeterminable. Hubiera sido ligereza infantil imaginar que se hubiese podido detener con procedimientos externos ese movimiento vertiginoso de devastación, al cual está entregado nuestro viejo mundo pecador, y volver, con pequeñas modificaciones, a esa vida pasada de antes de la guerra y de la revolución rusa. Penetramos en el reino de lo desconocido y de lo no vivido, y lo hacemos sin júbilo, sin radiante esperanza. El porvenir es sombrío. Ya no podemos creer en las teorías del progreso que sedujeron al siglo diecinueve, y según las cuales el próximo porvenir debe ser cada vez mejor, más bello, más amable que el pasado que se aleja. Más bien nos inclinamos a creer que lo mejor, lo más bello y más amable se encuentra, no en el porvenir, sino en la eternidad, y que también se encontraba en el pasado, porque el pasado miraba a la eternidad y suscitaba lo eterno.

* Texto escrito en 1919.

Queda por explicar esta crisis de la civilización europea, abierta hace tiempo por diversos lados, y que alcanza hoy el apogeo de su manifestación. La historia moderna que se acaba fue concebida en la época del Renacimiento. *Asistimos ahora al fin del Renacimiento.*

Las cimas de la cultura, todo cuanto había de creación humana, tanto en el reino del arte como en el del pensamiento, hacía desde largo tiempo presumir un agotamiento del Renacimiento, algo como el fin de toda una época mundial. Esa encarnizada busca de nuevos cauces de creación, era ya una prueba del fin del Renacimiento. Pero lo que acontece en las alturas de la vida tiene su repercusión abajo. En el fondo mismo de la vida social, se preparaba también el término del Renacimiento. Porque el Renacimiento significaba no solamente un conjunto de creaciones eminentes, sino también un tipo completo de "sensación del universo" y de cultura. La vida del hombre, la vida de los pueblos, es todo un organismo jerárquico, al cual están vinculadas inseparablemente las funciones superiores e inferiores. Hay una correspondencia entre lo que pasa en las cimas de la vida espiritual y en el fondo de la vida material de la sociedad. Así, pues, el fin del Renacimiento es también el término de toda una era histórica —de toda la historia contemporánea— y no únicamente la extinción de tales o cuales formas creadoras.

El fin del Renacimiento es precisamente el fin de ese humanismo que le servía de base espiritual. Porque el humanismo no era sólo un renacimiento de la antigüedad, una nueva moral y un movimiento de las ciencias y de las artes; era además un nuevo sentimiento de la vida y una nueva relación con el universo, aparecidos éstos en el albor de los tiempos modernos para regir su historia. Y ahora ese nuevo sentimiento de la vida y esa nueva relación con el universo han llegado a su término; todas sus posibilidades están agotadas. Se ha caminado hasta el fin por las sendas del humanismo y por los cauces del Renacimiento; ya no se puede por ellos ir más lejos.

En el fondo, toda la historia moderna ha sido una dialéctica inmanente de autorevelación, y después, de autonegación de los principios que habían motivado su nacimiento. Largo tiempo hace que el movimiento humanista de la vida ha perdido su frescura; ha caído en el estado de decrepitud y no puede experimentarse tan patéticamente como en los días en que comenzaba la efervescencia del humanismo. Han estallado en el interior del humanismo contradicciones destructoras; un escepticismo mórbido ha minado su energía. La fe en el hombre y en las fuerzas autónomas que le sostenían, está quebrantada hasta el fondo. Había ella regido la historia moderna, pero la historia moderna se ha encargado de demolerla. El libre albedrío del hombre, al no reconocer ya éste autoridad superior alguna, no ha fortalecido su fe en sí mismo, sino que, por el contrario, ha debilitado irremediabilmente esa fe y ha comprometido la consciencia que tenía de su identidad.

El humanismo no ha fortalecido, sino que ha debilitado al hombre; tal es el desenvolvimiento paradójico de la historia moderna. A través de su autoafirmación, el hombre se ha perdido, en lugar de encontrarse. Si el hombre europeo entró en la historia moderna lleno de confianza en sí mismo y en sus potencias creadoras; si en los albores de esta época le pareció que todo dependía de su arte al cual no veía ni fronteras ni límites, ahora sale de ella para penetrar en una época inexplorada, con un gran abatimiento, con su fe hecha jirones —esa fe que tenía en sus propias fuerzas y en el poder de su arte— amenazado por el peligro de perder para siempre el núcleo de su personalidad. ¡Menguada aureola la del hombre salido de la historia moderna! ¡Y qué trágica disparidad entre el comienzo y el fin de esta historia! Han

quedado rotas demasiadas esperanzas. La propia imagen del hombre se ha oscurecido por completo. Y espíritus dotados de alguna intuición retrocederían gustosamente a la Edad Media, para volverle a pedir los verdaderos orígenes de la vida humana; en una palabra: para pedirle de nuevo el hombre. Es el nuestro un tiempo de decadencia espiritual, no de resurgimiento. No somos nosotros quienes podamos repetir las palabras que pronunciara Ulrich Hutten en el alborar de la historia moderna: "Los espíritus se han despertado. ¡Da gusto vivir!" La historia moderna es una empresa que ha fracasado, que no ha glorificado al hombre como hacía esperar. Las promesas del humanismo no han sido cumplidas. El hombre siente una inmensa fatiga, y está dispuesto por completo a apoyarse en cualquier género de colectivismo, en el que desapareciese definitivamente la individualidad humana. El hombre no puede sostener su abandono, su soledad.

II

Con el Renacimiento, las fuerzas humanas se desataron, y su juego impetuoso creó una nueva cultura, fundó una nueva historia. Es decir, que toda la cultura de esa época mundial que en las escuelas es llamada historia de los tiempos modernos, fue el experimento de la libertad humana. El hombre nuevo quiso ser autor y ordenador de la vida, sin la ayuda de lo alto, indiferente a las sanciones divinas. El hombre se arrancó del centro religioso al cual estuvo sometido toda su vida durante la Edad Media; quiso andar por una vía libre e independiente. Al lanzarse por este camino, le pareció, al europeo de los tiempos modernos, que por primera vez habían sido descubiertos el hombre y el mundo humano, comprimidos por la Edad Media. Y muchos también en nuestros días, obcecados por la fe humanista, se imaginan que es al humanismo, en el comienzo de los tiempos modernos, al que se debe el descubrimiento del hombre.

Sin embargo, nuestra época, por haber llevado hasta el último extremo todas las antinomias de la vida, y haber penetrado en el conocimiento de sus propios orígenes, empieza ahora a comprender que en la seguridad del humanismo había un fatal extravío y un abuso de sí mismo, y que en la raíz de la fe humanista se escondía una autonegación virtual del hombre y de su caída. Cuando el hombre rompió, como acabamos de decir, con el centro espiritual de la vida, se desligó del fondo pasando a la superficie. Su alejamiento del centro espiritual le ha hecho cada vez más superficial. Al perder el centro espiritual del ser, ha perdido *ipso facto* su propio centro espiritual. Tal descentración de la esencia humana, era la ruina de su constitución orgánica. El hombre ha dejado de ser un organismo espiritual. Y entonces, en la periferia misma de la vida, surgen centros engañosos. Emancipados ya los órganos subordinados de la vida humana de su relación *orgánica* con el centro verdadero, se proclaman a sí mismos centros vitales, llegando, por lo tanto, el hombre a hacerse cada vez más superficial.

En nuestro siglo, llegado el hombre europeo a la cumbre de la era humanista, se yergue en un estado de vacuidad terrible. Ya no sabe dónde está el centro de su vida. No siente profundidad bajo sus pies. Se entrega a una existencia más que vulgar; vive con dos dimensiones como si habitase exactamente en la superficie de la tierra, ignorando lo que está por encima y lo que está por debajo de él. Hay, pues, una formidable distancia y una formidable contradicción entre el principio y el fin de la era humanista.

Al principio, el hervor de la libertad en las fuerzas del hombre nuevo, en Europa, se manifiesta por una admirable, por una brillante floración de obras geniales. ¿Habíase, en efecto, conocido jamás en el hombre un impulso creador tan vivo como en esos primeros tiempos del Renacimiento? Afirmábase entonces la libre creación del hombre, la libertad de su arte. Pero estaba todavía próximo a las fuentes espirituales de su vida, no habiéndose alejado aún bastante de ellas en su movimiento hacia la superficie. El hombre del Renacimiento es un hombre desdoblado, perteneciente a dos mundos. De ahí dimana la complejidad y la riqueza de su poder creador. Ya no se puede tomar actualmente el principio del Renacimiento por una simple reproducción de la antigüedad, por un simple retorno al paganismo. Lo que sí es cierto es que en aquellos tiempos subsistían muchos elementos cristianos y muchos principios medievales. Un hombre característico del siglo dieciséis como Benvenuto Cellini, venido al declinar el Renacimiento, no era únicamente un pagano, sino también un cristiano. No, el Renacimiento no era, no podía ser enteramente pagano. Las gentes del Renacimiento se nutrían de la atmósfera de la antigüedad, en ella buscaban la fuente de la libre creación del hombre, le pedían la forma perfecta de sus imágenes, pero en nada eran gentes de espíritu antiguo. Eran hombres en cuyas almas rugía la tempestad producida por el choque de los principios paganos y cristianos, antiguos y medievales.

No podía haber en sus almas esa claridad clásica y esa unidad, perdida para los siglos, ni su arte podía engendrar formas absolutamente acabadas o determinadas, clásicamente perfectas. El alma cristiana está envenenada por el sentimiento del pecado, sedienta de redención e inclinada hacia otro mundo. Esto es lo que mató al viejo mundo pagano. Una fatalidad interna le preparaba para el cristianismo. En la historia es posible un renacimiento, dando a esta palabra el sentido de una retrosección de los modos antiguos de creación, pero ningún renacimiento puede ser un retroceso, es decir, la restauración de una época ya vivida. Los principios creadores de las épocas pasadas hacia los cuales miran los renacimientos, actúan en un nuevo ambiente muy complejo, entran en una relación también muy compleja con nuevos principios, y crean tipos de cultura completamente diferentes de los tipos antiguos. Así, el movimiento romántico de principios del siglo diecinueve, no habría sido tampoco una regresión a la Edad Media; en efecto, los principios medievales hacia los cuales orientábase el romanticismo, habían sido rotos en el alma del hombre durante su recorrido a través de una nueva historia; los resultados que ahora ellos puedan dar, serán completamente ajenos a la Edad Media. Por mucho que Federico Schegel proclame su filiación medieval, no da la impresión de un hombre de la Edad Media. No se han parecido más a los hombres de la antigüedad, a los griegos y a los romanos, los hombres del Renacimiento. Habían vivido la Edad Media, habían sido bautizados, y el agua del bautismo no podía ya ser borrada por ninguna vuelta a la antigüedad, por nada de lo que un paganismo superficial les aportara. Jamás en el cristianismo de Europa podía el paganismo ser un paganismo profundo. Podía complicar el alma del europeo, pero no podía establecer su unidad con ella. El alma de los hombres del Renacimiento era, en efecto, tan compleja que jamás éstos hubieran podido ser buenos paganos. Ese dualismo, esa complejidad, puede fácilmente estudiarse en el arte y la vida de una figura central del *Quattrocento* como Botticelli.

El Renacimiento existía ya en las profundidades de la Edad Media, y sus primeros móviles fueron puramente cristianos. En el alma medieval, en el alma cristiana, se despertó la voluntad y de creación. Este despertar toma cuerpo en los siglos doce y trece. Se manifiesta por un florecimiento perfumado de santidad, que es la más alta

elevación que pueda alcanzar el espíritu creador del hombre. Coincide con el auge de la mística y de la filosofía escolástica. El Renacimiento medieval inspira el arte gótico y la pintura de los Primitivos. El Renacimiento de los Primitivos italianos es un renacimiento cristiano. Santo Domingo y San Francisco, Joaquín de Flora y Santo Tomás, Dante y el Giotto: he aquí el verdadero Renacimiento del espíritu humano, de la creación humana, y que no está desligado de la antigüedad. En la época del Renacimiento medieval y cristiano, había ya, en el modo de crear, una relación con la naturaleza, con el pensamiento del hombre, con el arte, con la vida toda. Lo que se entiende por el primer Renacimiento italiano, el *Trecento*, es la más grande época de la historia de Europa, su punto culminante. Entonces, la ascensión de las fuerzas creadoras del hombre era como la réplica de una revelación humana a la revelación divina. Tal era el humanismo cristiano concebido según el espíritu de San Francisco y de Dante. Pero las inmensas esperanzas y las profecías que se fundan en ese primer Renacimiento cristiano, no se verán tan pronto realizadas. Muchas cosas había en él que se adelantaban a los tiempos. Era preciso todavía que el hombre pasara por un estado de desdoblamiento o de separación. El hombre debía no solamente conocer la medida de sus fuerzas, sino también la de su impotencia.

El *Quattrocento* es esencialmente una época de desdoblamiento. Entonces, vuelvo a repetir, fue cuando tuvo lugar el choque violento de los principios cristianos y paganos, repercutiendo en todos los órdenes del Obrar. Con las obras de los cuatrocentistas no asistimos a una cosa completamente acabada; parecen ellas mostrar más potencia en sus intenciones que en sus resultados. Pero hay un encanto singular en su misma falta de perfección y remate. Ese desdoblamiento de los cuatrocentistas demuestra la imposibilidad de un Renacimiento puramente pagano en un mundo cristiano. Y el fracaso de los cuatrocentistas, es un fracaso grandioso. Las formas logradas por las obras del siglo siguiente, me refiero al magnífico Renacimiento romano, dan la impresión de un mayor acierto. Pero esta perfección en las formas y este acierto, no serán, sin embargo, más que apariencias de clasicismo. Nada verdaderamente realizado en la tierra es posible en el mundo cristiano. No se debió al azar el que el arte del siglo dieciséis fuera rápidamente conducido a un academicismo sin vida, y que haya degenerado. Desde el punto de vista espiritual, con el siglo dieciséis italiano, el desdoblamiento ha llegado a ser una decadencia, una disgregación del alma cristiana. Los humanistas de la época del Renacimiento no han roto absolutamente con el cristianismo, no se han alzado contra la Iglesia, pero su estado religioso fue de frialdad e indiferencia. Esperaban descubrir el hombre inclinándose deliberadamente hacia este mundo, y apartándose del otro. Y eso fue lo que les hizo perder la profundidad. El hombre por ellos descubierto, el hombre de la historia nueva, no será profundo, se verá obligado a errar por la superficie de la vida. En la superficie, libre de toda raigambre con la profundidad, el hombre se ingeniará para probar sus fuerzas creadoras. Producirá mucho, pero acabará por agotarse y por perder esa fe que habría puesto en sí mismo. No era debido al azar si la individualidad del hombre en el siglo dieciséis venía a manifestarse por crímenes odiosos. El humanismo pudo liberrar las energías humanas; no puede decirse que espiritualmente haya elevado al hombre: lo ha vaciado.

Esa consecuencia iba incluida en su principio. Hay en la base de la historia nueva, una ruptura del hombre con la profundidad de su espíritu, una ruptura de la vida con su sentido. ¿Qué relación hay entre San Francisco o el Dante, y los siglos dieciséis y diecisiete? El Renacimiento ha realizado algunas cosas grandes, ha apor-

tado muchos valores a la cultura humana; sin embargo, ha fracasado, porque el problema que planteaba era insoluble.

El primer Renacimiento cristiano no logró triunfar, y el otro, el Renacimiento pagano, tampoco. Así, pues, el movimiento de la historia moderna data del Renacimiento. En la historia se comprueba siempre una trágica divergencia entre la proposición teórica y la realización práctica. Lo que se ha realizado en la historia moderna es completamente distinto de lo que habían soñado los primeros humanistas y los padres del Renacimiento. ¿Preveían que las consecuencias de su nuevo concepto de la vida, de la ruptura con las profundidades espirituales y con el sentido espiritual de la Edad Media, de su iniciativa creadora, serían el siglo diecinueve con sus máquinas, su materialismo y su positivismo, su socialismo y su anarquismo, el agotamiento de la energía espiritual creadora a que ha dado lugar? Leonardo, que ha sido quizás el más grande pintor del mundo, es responsable de la mecanización y de la materialización de nuestra vida, de su desaliento, del abandono que se ha hecho de su sentido más elevado. Ni él mismo sabía lo que elaboraba. El Renacimiento llevaba en sus entrañas todo lo necesario para destruirse. Libertó las fuerzas creadoras del hombre y ha expresado la más elevada potencia de su arte. En esto acertó. Pero también él ha sido el que ha disociado al hombre de las fuentes espirituales de la vida; él ha negado al hombre espiritual, que no puede dejar de ser creador, para afirmar exclusivamente en su lugar al hombre natural, esclavo de la necesidad. El triunfo del hombre natural sobre el hombre espiritual en la historia moderna, debía conducirnos a la esterilidad creadora, es decir, al fin del Renacimiento, a la auto-destrucción del humanismo.

El Renacimiento fue una empresa grandiosa que consistió en buscar las fuerzas del hombre en su libre juego. El hombre se imaginó que toda la vida podía estar sometida a su arte. El hombre volvió sus ojos hacia esa naturaleza que en la Edad Media sentía dominada por el mal. Dentro de la naturaleza buscó las fuentes de la vida y de la creación. Y en el comienzo de sus relaciones con ella, la sintió revivir, regenerarse. La naturaleza quedó libre del anatema. Se cesó de temer a sus demonios que tanto asustaban a las gentes de la Edad Media. Insensiblemente en cuanto a sí mismo, el hombre penetró en el torbellino de la vida natural, pero no se unió a la naturaleza en la parte íntima de ésta. Se sometió espiritualmente a su materialidad pero quedando separado de su alma.

El Renacimiento oculta en sí la semilla de la muerte, y por eso en sus cimientos anidaba la contradicción destructora del humanismo, de ese humanismo que por un lado engrandecía al hombre, atribuyéndole fuerzas ilimitadas, y por el otro no veía en él más que un ser limitado y subordinado, que ignoraba la libertad espiritual. Para engrandecer al hombre, el humanismo le privó de la semejanza divina y le sometió a la necesidad natural. El Renacimiento, basado sobre el humanismo, descubrió las fuerzas creadoras del hombre, no como ser espiritual sino natural. Pero el hombre natural, arrancado del hombre espiritual, no posee fuentes inagotables para su creación. Está destinado a agotarse, sube a la superficie de la vida. Los últimos frutos de la historia moderna lo demostraron al conducirnos al fin del Renacimiento, a la autonegación del humanismo, al vacío de una existencia superficial y descentrada, al agotamiento de la potencia creadora. El libre juego de las fuerzas humanas no podía durar indefinidamente. Y en el siglo diecinueve, ese juego creador se termina, no se tiene ya la sensación de la abundancia, sino de la miseria; la dificultad y el peso de la vida aumentan. La antinomia fundamental del humanismo se agrava y se manifiesta en todo el curso de la historia moderna.

Esa antinomia conduce del humanismo a su contraposición. El humanismo de Feuerbach y de Augusto Comte, apóstoles de “la religión de la humanidad”, no tiene casi ya nada de común con el del Renacimiento. Va más lejos, traspasa la antinomia del humanismo; sin embargo, ya no se encuentra en él esa floración de fuerzas creadoras; más bien se presiente la catástrofe que encubre.

La Edad Media había preservado las fuerzas creadoras del hombre y había preparado el florecer espléndido del Renacimiento. El hombre penetró en el Renacimiento con la experiencia y con la preparación medievales. Y todo lo que hubo de auténtica grandeza en el Renacimiento, estaba vinculado con la Edad Media cristiana. Hoy, el hombre entra en un porvenir desconocido, con la experiencia de la historia moderna y su preparación. Y entra en esta época, no ya lleno de savia creadora como en la época del Renacimiento, sino agotado, debilitado, sin fe, vacío. Todo esto invita a la reflexión.

Berdiaev, Nicolas,
Una nueva edad media,
México, Editora Nacional, 1956.